

Los partidos y los candidatos presidenciales

Dos fenómenos paralelos y no coincidentes se desarrollan en el proceso electoral para presidente de Colombia. Sin que el Partido Verde sea el más grande, su candidato presidencial puede liderar el favoritismo de opinión que le permita ganar el cargo presidencial en primera vuelta. Mientras el Partido Liberal, que no es el más pequeño, puede tener un candidato con el mínimo de favoritismo y arriesgar no pasar la primera vuelta.

Lo visible de esta campaña son los candidatos presidenciales, pero lo invisible son las mutaciones que los partidos desarrollan durante el proceso de esa campaña. El Partido Conservador presenta un ejemplo típico: la consulta del pasado 14 de marzo dio como su candidata a Noemí Sanín, pero el partido se dividió en dos corrientes, una que intenta preservar su identidad alrededor de Sanín, y otra que intenta resaltar sus venas uribistas alrededor del candidato del partido de 'la U', Juan Manuel Santos.

Por su parte, en la izquierda, el Polo, que desde el 2006 lideraba la oposición, por primera vez en la historia perdió la brújula de su unidad y acción política para terminar siendo reemplazado en ese liderazgo por el Partido Liberal, desde las elecciones legislativas pasadas.

La asociación de los partidos uribistas se mantiene unida alrededor de la ideología y las políticas impulsadas por el presidente Uribe. Esta lealtad llevó a la pérdida de la crítica y del derecho a disentir, deficiencias que con cada error del presidente Uribe, su sobresaliente caudillo, alienó a muchos de sus seguidores, que buscaban una posición correctiva de esos errores y quienes encontraron en las propuestas y la personalidad de Antanas Mockus una personificación de sus aspiraciones.

En cuanto a candidatos, los uribistas proponen dos focos de atención: la eliminación de las Farc, una de sus viejas aspiraciones, y el rechazo del presidente Chávez, una de las nuevas. Los no uribistas van más allá de estos enfoques, para corregir obstáculos que frenan el buen gobierno y el desarrollo justo de la población. Uno de ellos es la corrupción, que degenera las instituciones y la sociedad colombiana. Otro es el aumento de la educación y la civilidad, y otro más es un desarrollo económico armónico y de beneficio para los diferentes estratos.

De acuerdo con estos acentos del proceso electoral, el candidato uribista, Juan Manuel Santos, no hace ninguna campaña por la eliminación de la 'parapolítica', ni de ningún enfrentamiento contra la corrupción. Y el candidato de los no uribistas, Antanas Mockus, no se limita solo a la guerra para eliminar a las Farc, no ve que sea necesario sacrificar la economía colombiana y perder ventajas regionales solo para atacar la ideología de Chávez, y abre un horizonte nuevo de confianza en nosotros mismos, en nuestro desarrollo y en las tareas pragmáticas que nos ayuden a conseguir el bienestar general al que todos aspiramos.

Las opciones de los demás candidatos presidenciales están opacadas por sus errores de liderazgo. Noemí Sanín ganó la candidatura de su partido, pero perdió la capacidad para unirlo. Su principal obstáculo ha sido Andrés Felipe Arias, quien dividió a la colectividad para arrastrarla hacia el uribismo. El Partido Liberal triunfó frente a los demás partidos de la oposición, pero Rafael Pardo se ha quedado corto en equiparar la ventaja obtenida. Germán Vargas se columpia entre coquetearle al uribismo y criticarlo, con lo que borra cualquier claridad para sus seguidores.

Los esfuerzos paralelos del Partido Conservador y del Partido Liberal por dividirse son solo secuelas de unos partidos tradicionales mandados a recoger. Si se quitaran el polvo de los ojos, verían las nuevas fuerzas políticas de 'la U' y de los 'verdes' en el escenario de una Colombia que busca el cambio.

José María Rodríguez González